

Comentarios a un texto de M. Heidegger: (I) ¿Pensar y decir la Nada?

Jesús Rodolfo Santander

Les philosophes ne se sont guère occupés de l'idée de néant. Et pourtant elle est souvent le ressort caché, l'invisible moteur de la pensée philosophique. Dès le premier éveil de la réflexion, c'est elle qui pose en avant, droit sous le regard de la conscience, les problèmes angoissants, les questions qu'on ne peut fixer sans être pris de vertige.

Henri Bergson: *L'évolution créatrice*, p. 275

Se piensa que la filosofía desemboca en un discurso sin sentido y sin fundamento cuando la reflexión del filósofo lleva sus cuestionamientos hasta el extremo de transgredir los límites que fija, al decir y al pensar, una lógica que obedece al principio de no contradicción fundado en el principio de identidad. Esta situación se plantea con particular agudeza cuando, impulsado por la ambición de alcanzar una comprensión última de la realidad, el pensamiento filosófico busca respuestas a las preguntas metafísicas relativas al Ser, a la Nada u otras semejantes. En este caso no parece quedarle al filósofo otra salida que abandonar su interrogación. Sin embargo, uno puede preguntarse si los límites del pensar y del decir coinciden siempre con los de un pensar y de un decir que se sujetan al principio de no contradicción. ¿No puede, y quizás debe, haber un pensamiento y un discurso con sentido que, bajo ciertas condiciones, puedan y deban ir más allá de aquéllos? Y si fuera así, ¿qué fundamento tendrían que invocar para no ser considerados arbitrarios? ¿O un pensamiento de este tipo debería ser, sin apelación, considerado irracional y rechazado como carente de sentido? ¿No hay acaso que considerar que el círculo del sentido es más vasto que el de lo racional? Ya el simple planteo de estas cuestiones encuentra una resistencia particular. La lógica se presenta como una instancia inapelable. ¿De dónde viene la supremacía que la lógica como norma ha ejercido sobre el pensamiento y el lenguaje? ¿Acaso de la propia naturaleza del hombre, a quien los griegos definían como el *zoon logon ejon*, el animal que tiene *logos*, que habla y que razona? Muchos siglos nos acostumbraron a considerar la lógica como una fundamentación última y no se nos ocurre preguntarnos si su dominio tuvo un comienzo. ¿No tendrán la lógica y su supremacía sobre el pensamiento un origen histórico?

Quiero evocar ¿*Qué es metafísica?* en el contexto de estas preguntas. En ese texto de Martín Heidegger, que nunca dejó de suscitar perplejidades y no pocas veces fue mal comprendido, se presentó con especial agudeza este problema de los límites impuestos al pensar y al decir, cuando su autor buscaba precisamente una respuesta a la cuestión metafísica de la Nada. Dejaré el examen más detenido del pensamiento de

su autor sobre esta última para otras entregas (II, III). En esta ocasión (I) no me propongo más que examinar el ensayo de Heidegger como una respuesta a las preguntas arriba planteadas, considerando el asunto de la Nada sólo hasta donde me sea indispensable para llevar a cabo este propósito. También espero abrir en esta forma ese notable texto al lector que emprende su lectura, aunque sin pretender que su sentido se aclara completamente si lo suponemos como no siendo más que una respuesta a las preguntas enunciadas. Si se lo quiere comprender cabalmente, también habría que tener en cuenta que se inscribe en una problemática más vasta y que ya se encuentra en el camino que llevará a su autor a pensar el fenómeno epocal del nihilismo. El autor no plantea la cuestión de la Nada sólo por plantear un problema de límites, sino que se encuentra frente a este problema cuando plantea la cuestión metafísica de la Nada. Dicha cuestión por la Nada se le impuso, por otra parte, a alguien que se había dado siempre como tarea interrogar por el sentido del Ser y que meditaba sobre el significado del olvido del Ser para la historia de la metafísica. En esa historia, no sólo cierta precomprensión del Ser jugó un papel decisivo; frente a ésta y junto a ésta, también cierta precomprensión de la Nada jugó un rol esencial desde Parménides a Hegel, sin que al parecer, y esto sería comparable a lo que pasó con la del Ser, tampoco aquella comprensión hubiera sido objeto de un verdadero cuestionamiento.

Después de un período en Marburgo, y ya convertido en una celebridad mundial con la publicación de una parte de *Ser y Tiempo*, Martin Heidegger volvió a su tierra natal en 1929 y comenzó su magisterio. Fue entonces cuando, ante todas las facultades de la universidad de Friburgo en Brisgovia, leyó para inaugurar los cursos de ese año una lección bajo el título *Was ist Metaphysik?* Se proponía hacer comprender qué era eso de la metafísica (la metafísica considerada aquí no como una disciplina escolástica, sino en su misma esencia, esto es, como la trascendencia que determina al hombre en su ser) a un público que reuniría a investigadores, profesores y estudiantes de las distintas ramas de la ciencia. Pensó que podía lograr mejor su propósito si en lugar de disertar sobre la metafísica, lo que en su opinión no hubiera servido más que para alejarla del auditorio, trataba de una cuestión particular de metafísica. Escogió entonces plantear, elaborar y responder a la cuestión de la Nada. Con esto esperaba procurar a quienes irían a escucharle, una vivencia de la metafísica más próxima a su esencia y, quizás de esta manera, también una experiencia de la metafísica como un todo -en tanto que una cuestión de la metafísica implicaba todas las otras de su género.

Aunque era importante para interpretar el texto tener en cuenta el hecho de que la conferencia se dirigía a la comunidad científica, ésta circunstancia se pasó por alto posteriormente.² Y sin embargo, no puede negarse que tal circunstancia determinó el desarrollo de la conferencia pues, pensando que las cuestiones metafísicas deben plantearse desde la situación esencial del Dasein que pregunta, Heidegger quiso encontrar en esa situación los motivos para proponer la pregunta. Ahora, la situación en la que él y su público se encontraban fácticamente, se configuraba por el hecho de

¹ Martin Heidegger, *Was ist Metaphysik?* en Wegmarken, Vittorio Klostermann, 1996, p. 103 ss.

² Martin Heidegger, *Zur Seinsfrage*, en Wegmarken, p. 419-420.

que los asistentes que debían ser motivados por él, mediante el planteo de la cuestión de la Nada, a comprender la metafísica en su posibilidad, pertenecían a una comunidad cuya *existencia* estaba determinada por la ciencia. Era entonces en esta determinación común a todos ellos donde Heidegger debía encontrar en aquella ocasión los motivos para hacer de la Nada el objeto de una cuestión y, para eso, tenía ante todo que describir la ciencia y reducirla a pocos rasgos esenciales.

Actividad común a todos sus auditores, formando parte de su existencia, la ciencia se presentaba en un primer momento bajo el aspecto de una diversidad de especialidades que, con métodos diferentes, sin lazos que las ataran a un fundamento, sólo se unificaban por ligaduras externas que provenían de la organización administrativa de la universidad o de las finalidades prácticas de la investigación. Sin embargo, a una mirada más atenta ella dejaba ver en su estructura momentos comunes, de ningún modo accidentales, los que de una u otra manera se referían siempre al ente. En efecto, en *lo que es* encuentran las ciencias una unidad, pues aunque se ocupen de diversos temas y fenómenos, la particular manera en que los científicos se relacionan con el mundo, en la que tiene lugar un acercamiento esencial de todas las cosas, los lleva siempre a atenerse al ente mismo. Al ente se refiere también la actitud científica de permitir que, en un ámbito bien delimitado, el ente se revele y se despliegue hasta su fundamento. La actitud científica es -al menos así se le presentaba a Heidegger por aquellos años- una actitud de servicio que, libremente adoptada por el científico, da al ente la última palabra.³ También se refiere a lo que es un acontecimiento que acompaña siempre a la ciencia y sin el cual ella no sería posible, a saber, el acontecimiento -más englobante y fundamental que el de la ciencia- de la irrupción de un ente, el hombre, en la totalidad del ente, irrupción que abre un espacio en que el ente se revela "en eso que él es y cómo es". De modo que por mucha que sea la diversidad con que inicialmente se presentaba la existencia científica, la consideración de su relación al mundo, de su actitud y de la irrupción reveladora que la acompaña, debía llevar a comprender que siempre está encaminada al ente mismo, y que es de él que recibe su unidad y su simplicidad. Aprehendiendo a la ciencia así, en pocos rasgos fundamentales, la conferencia llegaba a esta definición escueta: "la ciencia se ocupa del ente y de nada más".

La afirmación parece obvia y la precisión "y nada más", que formula una restricción (sólo el ente), pudo parecer superflua, quizás una expresión retórica innecesaria, pues para el científico, que siempre se refiere a entes, ¿de qué otra cosa podría tratar la ciencia sino de lo que es?⁴ Puede sorprender, pero esa fórmula ya había sido usada

³ Heidegger no mantendrá esta opinión tan positiva de la ciencia. En lugar de un servicio al ente, años después verá más tarde en ella un "ataque" al ente. En una carta a K. Jaspers del 21 de septiembre de 1949 escribirá que la "atención respetuosa esta aquí, sin presentir nada, es decir, olvidándose del ser, al servicio del ataque...". Lo que se considera "atención respetuosa, es, ontológicamente en lo fundamental, un ataque". Cfr. Martin Heidegger/Karl Jaspers, *Correspondencia* (1920-1963), España, Síntesis, 1990, p. 150-151.

⁴ Algo semejante se puede pensar de todas las actividades que el hombre realiza regularmente, pues todas tienen que ver con entes. Si Heidegger circunscribe la consideración de este hecho general a la ciencia, es por su voluntad de referirse a la situación concreta, en la que aquélla juega un rol esencial y determinante.

en el s. XIX por alguien tan poco sospechoso de metafísica como lo había sido Hipólito Taine.⁵ Ahora, desde el nivel alcanzado por su reflexión en *El Ser y el tiempo* -otra circunstancia que se pasó por alto pese a ser indispensable para entender la conferencia- Heidegger veía allí algo más.

El filósofo de la diferencia ontológica, el que enseñaba que no sólo había entes sino también Ser, y que en esa obra había sostenido la trascendencia del Ser con respecto al ente, no podía si no ver allí algo más; pero tenía que demostrarlo. ¿Acaso podía esperarlo frente a la academia de la ciencia? Aunque sabe que no lograría convencer a un entendimiento puramente científico -como veremos, tenía razones esenciales para no esperarlo- no eludirá confrontarse con éste. La confrontación le resultaría útil si, exponiéndose a las objeciones que vienen del entendimiento conformado desde siempre por la lógica, consigue poner al desnudo no sólo el carácter ilegítimo de la pretensión de ésta para decidir sobre cuestiones últimas del pensamiento, como son las del Ser y la Nada, que son instancias de las que la misma lógica depende, sino también los límites de esa lógica frente a un pensamiento que por su tema la trasciende. La confrontación mostraría así la necesidad de dejar de lado la lógica hasta entonces dominante y de buscar otro camino para continuar la investigación que, en cualquier caso, Heidegger estaba decidido a proseguir. En la primera vuelta, digamos, tenía que jugar su carta lógica, de la que debía resultar la incompetencia del entendimiento para tratar el asunto de la Nada y la necesidad de buscar otra vía para tratarla; pero el juego no terminaba ahí, y para la segunda mano guardaba, como veremos, una carta fenomenológica, ya probada en el parágrafo 40 de *El Ser y el tiempo*. Con ella quería ganar la posibilidad de pensar y hablar sobre la Nada en la perspectiva de esa obra y en un sentido bien diferente, por cierto, al de la representación que la ciencia tenía de ella. Pero para comenzar debía confrontarse a las razones del entendimiento científico y, para eso, atraer ante todo la atención sobre esa "nada" de la fórmula. Este término será como el gozne sobre el que gira la discusión, y constituye el objeto tanto de una "destrucción" como de una nueva exégesis.⁶ En el curso de la conferencia todo deberá sufrir en torno a la palabra "nada", y en la palabra misma, un vuelco y un cambio de sentido.

Si reitera la restricción de diversas maneras: "del ente y nada más", "del ente y después nada más", "del ente y por encima nada", es que en efecto quiere llamar la atención sobre esa "nada" que aparece en todas las variantes de la definición.⁷ ¿Con qué fin?

A fin de señalar que cuando la ciencia, con el objeto de delimitar con seguridad su propia esencia (lo que le es más propio, *Eigensten*) afirma dirigirse al ente y a *nada* más, al decir "nada" está recurriendo a lo *otro* del ente, pero sin parar mientes y menos aún admirarse de lo que está haciendo y, por lo mismo, sin poder llegar a

⁵ Cfr. anotación marginal de Heidegger a la primera edición de 1929 en Wegmarken, p. 105.

⁶ Aludimos al concepto hermenéutico de destrucción. Cfr. *Sein und Zeit*, Max Niemeyer, Verlag Tübingen, 1967, p. 19 ss.

⁷ El elemento distinto que esas variaciones contienen: "después de", "por encima de", no carecen de significación para el tema, pues señalan una cierta trascendencia.

interrogarse por eso otro diferente del ente, ni dejar que esa Nada aludida por el término “nada”, se convierta en algo por lo que se pregunta.⁸ Lo que Heidegger hubiera querido es que la ciencia (es decir, los científicos que le escuchaban) se interrogue por esa Nada a la que ella apela para definirse. Pero si es invitada a preguntarse por la Nada, invariablemente rehusará hacerlo. ¿Por qué? ¿Qué lo impide? Una imposibilidad que reposa sobre un *pre*-juicio. Este prejuicio de antiguo arraigado en el pensamiento occidental, afecta la comprensión de la Nada de manera tal que excluye toda posible investigación sobre ella. Si la ciencia no se interroga por la Nada (*Nichts*) es porque *previamente*, antes de cualquier cuestionamiento, ya la comprende como algo nulo (*das Nichtige*). Tal comprensión va de suyo para la ciencia. ¿Cómo entonces preguntará por algo que supone que no existe en absoluto? Es por causa de este prejuicio arraigado -prejuicio que como todo prejuicio ha de tener un origen- que el entendimiento científico niega la posibilidad misma de preguntar por la Nada. El entendimiento afirmará que la pregunta “¿qué es la Nada?” hace de la Nada un ente, y objetará que de esta forma la propia pregunta se sustrae su objeto y se destruye a sí misma. Hay una imposibilidad formal en la pregunta. “La pregunta y la respuesta son contradictorias en relación a la Nada”. La Nada no puede ser determinada. Pero así también se hace patente en estas afirmaciones el origen del prejuicio. ¿Cómo?

Las objeciones muestran el origen del prejuicio que impide la pregunta poniendo obstáculos al avance de la investigación: el principio de no contradicción, que es la expresión lógica del principio de identidad. Con esto resalta también el carácter histórico del origen. Contradiendo lo que se acepta como la regla suprema del pensamiento, la pregunta se aparta del principio universal que ha ejercido desde Parménides un indiscutible dominio en todos los ámbitos del ente y sobre el que se ha edificado la lógica (deberíamos decir también la sintaxis del lenguaje y, en particular, la del lenguaje científico). Conforme a este principio, todo pensar debe pensar algo -y no nada. El entendimiento traza, al pensamiento y al decir, un límite que no deben transgredir: sobre el No Ser nada se puede decir ni pensar. Por esto el filósofo no debe -ésta sería la conclusión del entendimiento- emprender ninguna investigación sobre la Nada.

A Heidegger, en cambio, que sentía que el pensamiento de la Nada -al igual que el del Ser- sobrepasaba al entendimiento, estas objeciones no lo disuaden de seguir su investigación sobre la Nada; más bien le darán un motivo para continuarla. No a causa de una voluntad motivada por el irracionalismo que algunos le han atribuido, sino precisamente por creer que podía aducir una buena razón. En efecto no sólo cuestionará la tesis que suministra la base sobre la que reposaban los títulos que el entendimiento podría invocar para fundamentar la legitimidad de su dominio como instancia última del pensamiento; también opondrá una tesis diferente a la del entendimiento invocando un fundamento más originario, que invierte el orden de fundamentación. La conferencia nos pone así frente a una cuestión de legitimidad en la que se oponen dos tesis. Si se quisiera decidir esta cuestión, habría que examinar los títulos que una y otra invocan, y ver cuál de las dos tesis posee los mejores. Para esta cuestión *de jure* conviene

⁸ Para el entendimiento, lo otro del ente sólo puede ser no ente, es decir, nada.

recordar que, en la filosofía de Heidegger, el orden de fundamentación depende del orden de origen. Un fenómeno menos originario no puede fundar otro más originario. Un fenómeno no puede fundar el origen esencial del que deriva. De este modo, la cuestión de la legitimidad de la representación que el entendimiento tiene de la Nada es una cuestión de fundamentación que debe resolverse indagando el origen de esa representación. El origen también determina la naturaleza de la misma (de la representación). Para decidir sobre su legitimidad hay que atender entonces al origen de la misma. ¿Y cuál es el origen de esa representación? ¿Cuál es el origen de esa "nada", según la tesis del entendimiento?

Según esa tesis, el origen de tal representación de la Nada está en una negación. En efecto, el entendimiento se representa a la Nada como la *negación* de la totalidad del ente (*die Verneinung der Allheit des Seienden*), lo *absolutamente* no ente (*das schlechthin Nicht-seiende*). Pero la negación es una operación del propio entendimiento, que en alemán se expresa con el "no" (*nicht*) que niega el verbo y con el "no" (*Nein*) que niega el enunciado. De este modo, de conformidad con la tesis del entendimiento, la búsqueda del origen de la representación de la Nada remonta hasta la negación, desde donde se ve su fuente: el entendimiento. El resultado es que la Nada comprendida por el entendimiento, queda bajo la determinación de lo negativo (*Nichthaften*), de lo que tiene carácter de *no*, de lo negado (*des Verneinten*).

Además, hay otro elemento que destacar en esa representación: lo negado es *la totalidad del ente*. A la representación de la Nada se llega sólo si la negación recae sobre la totalidad del ente;⁹ pero para que esto ocurra, primero se nos tiene que dar esa totalidad. La negación en cuestión presupone que la totalidad se *dé*; pero en razón de la finitud inherente a la existencia humana, al hombre no se le da ni se le puede dar la *totalidad* del ente. Siempre faltará a dicha negación la base fenoménica que ella supone tener. Ahora es el entendimiento el que debe reconocer que se encuentra frente a un límite insalvable. Heidegger toma así distancia frente a la totalidad pensada hegelianamente. Como seres finitos sólo podemos imaginar esa totalidad, pero nunca podemos acceder a ella y aprehenderla. Podemos obtener una representación de la Nada imaginando la totalidad del ente y negando luego esa totalidad sólo imaginada, pero lo que así obtenemos es sólo una nada formal, una construcción del entendimiento, no la Nada misma. Al oponer este reparo a la representación del entendimiento, Heidegger apela a una instancia diferente al logos de la lógica, a la que dicho logos debe ajustarse, iniciando así un giro que dará un lugar decisivo a la experiencia en su reflexión.

Heidegger quiere, por decirlo así, la Nada en persona, no una representación de la Nada. En el mejor de los casos esa Nada del entendimiento será un producto derivado; pero nunca la Nada originaria, esto es, nunca la Nada tal como originariamente se da a nosotros. ¿Pero dónde se da originalmente la Nada misma?, ¿dónde encontrarla? Ya

⁹ Bergson lo decía de esta manera: "En affirmant une chose, puis une autre chose, et ainsi de suite indéfiniment, je forme l'idée de Tout: de même, en niant une chose, puis les autres choses, enfin en niant Tout, on arriverait à l'idée de Rien". Henri Bergson, *L'évolution créatrice*, Presses Universitaires de France, 1986, p. 286.

debe haberse hecho claro para el pensamiento que no podrá ser por el camino del entendimiento. En razón de su misma precomprensión de la Nada, que parece funcionar como un prejuicio que lo constituye esencialmente, el entendimiento desestima con firmeza una búsqueda semejante. Y la desestima a pesar de que (pero también justamente porque) se limitó a recibirla de la tradición sin haberla hecho objeto de una decisión. ¿Y cómo hubiera podido, si ni siquiera la consideró alguna vez digna de convertirse en el tema de un cuestionamiento? Pero si es así, ¿cómo se puede estar tan seguro de lo que el entendimiento supone? Hay que decidirse, entonces, a plantear la pregunta y llevar adelante la investigación, ya que sólo así podrá saberse si es o no posible una respuesta. Acaso todo sea muy diferente a lo que el entendimiento supone. Por lo demás Heidegger ya sabe que, aparte de las indicadas, hay otras razones que explican esta particular ceguera del entendimiento, razones esenciales que aunque no explicitará sino más tarde, sin duda ahora cuentan para poner término a su discusión con éste. A algunas de ellas habré de referirme más adelante.

De este modo, sin arredrarse ante su imposibilidad formal, Heidegger suelta finalmente su pregunta: ¿será que “sólo hay Nada porque hay el no, es decir, la negación? ¿o es más bien lo contrario: sólo hay el no y la negación porque hay la Nada?”

Va de suyo que mientras la cuestión permanezca abierta, no se habrá decidido qué hay que decir o pensar de la Nada. Convengamos que si uno acepta preguntarse por la Nada, es que se renuncia a lo que se cree saber de ella mientras dura la investigación. Mientras ésta dura y nos interrogamos, suspendemos el juicio. A las preguntas, que marcan un giro en su discurso, ha de seguir el enunciado de la tesis central que va a sostener y tratar de acreditar:

la Nada es más originaria que el no y la negación

¿Qué significa esta tesis? Si la Nada es anterior al no y a la negación, el entendimiento no podrá decidir nada sobre la Nada. Si la tesis fuera verdadera, de la Nada derivarían el no y la negación, e incluso el entendimiento, del cual, nótese, la negación es una operación fundamental. Si se encontrara, esa Nada “de” Heidegger tendría que ser por cierto bien diferente de la Nada del entendimiento (de la que emanaban las limitaciones al pensar y al decir mencionadas) aunque más no sea porque ya no estaríamos frente a una representación de ella, sino frente a la Nada en persona. Pero en ese caso ya no estaríamos excluyendo la Nada del Ser de manera tan absoluta como en la oposición de Parménides entre lo ente y lo no ente, y quizás tuviéramos que pensar esa Nada de Heidegger como lo indicó alguna vez Jean Wahl: como una Nada que es,¹⁰ o como lo dirá el propio Heidegger años más tarde en *En torno a la cuestión del Ser*, como una Nada emparentada al Ser.¹¹ ¿Pero en qué podría consistir ese parentesco?, ¿y qué significaría entonces la diferencia entre Ser y Nada?, ¿a qué

¹⁰ Jean Wahl, *Traité de Métaphysique*, Payot, Paris, 1968, p. 147 y ss. “...la thèse: le néant est, telle que nous la trouvons chez Heidegger...”, p.156.

¹¹ *Zur Seinsfrage*, en *Wegmarken*, p.410.

fenómeno se supone que explicarían? ¿O pertenecerían a un fenómeno más originario? ¿A cuál? ¿Qué rol diferente jugarían en él? Y si pudiera ser dicha, o al menos pensada, ¿no tendrían que ser también, ese pensar y ese decir de la Nada, algo por lo menos tan diferente al pensar y al decir del entendimiento como lo son el pensar y el decir del Ser? Pero de otro lado, ¿habría un pensar de la Nada diferente al del Ser? ¿O sería el mismo pensar del Ser el que piensa la Nada? Desde luego, todo este preguntar es porque, para poder seguir avanzando, necesitamos de preguntas que nos orienten abriendo un espacio de sentido, un poco como cuando necesitamos alumbrar una linterna para avanzar por un sendero oscuro. Pero todo este preguntar podría tener un final parecido al de la historia de aquella moza a la que se le rompe el cántaro, si Heidegger no encontrara la Nada misma y acreditara su tesis.

¿Pero cómo pensaba acreditar semejante tesis? ¿En qué podía fundarse para continuar su interrogación sobre la Nada pese a la imposibilidad formal de la pregunta?

Heidegger apela al hecho de que su pregunta cumple con una exigencia fundamental para toda pregunta: que se haya dado aquello por lo que pregunta la pregunta. Y sostiene que la Nada se da. ¿Dónde? En una experiencia. Esa experiencia existiría y es bien sabido que, entre las disposiciones afectivas de la existencia, Heidegger ha visto en la angustia ese indispensable camino que necesita para acceder a la Nada. Sólo había que describir esa experiencia e interpretarla. Para describirla disponía Heidegger de su método fenomenológico. Por lo demás, ya había descrito esa experiencia en *El Ser y el tiempo* y la conferencia expondrá de una manera simple y resumida algunos de los trazos allí ganados.¹² Con esto apunta en ella, una dimensión hasta ahora ausente aunque sin duda copresente, y en todo caso ya explorada por Heidegger en *El Ser y el tiempo*: la dimensión del fenómeno, de la *experiencia*, de la existencia. Es en esta dimensión que busca el fundamento originario.

Quiero dejar aquí volviendo sobre la situación ambigua que se configura cuando el entendimiento, apelando a lo otro del ente para delimitar la esencia de la ciencia, rehúsa interrogarse por eso *otro* -a lo que de todos modos alude bajo el término "nada"- con el argumento de que, bajo esa "nada", no hay absolutamente nada que interrogar. Se echa de ver que en el entendimiento está obrando una cierta comprensión que entiende a la Nada como algo nulo. Dije que ese término es como el gozne en torno al cual gira la discusión en la que se cruzan dos maneras de comprender la Nada, y también el lugar en el que deben cumplirse una "destrucción" y una nueva exégesis.

En el texto no hay una, sino dos perspectivas que se afrontan sobre la Nada. Una supone que lo otro del ente es pura Nada. Es la del entendimiento científico. Otra, dice que lo otro del ente se da; es la del filósofo Heidegger, quien piensa al Ser como diferente del ente. Para la primera perspectiva no hay más que entes y -notemos- para ella algo como el Ser de Heidegger es Nada (nada del Ser, No Ser); para la segunda, no sólo hay entes, sino también Ser. En la primera perspectiva la Nada no se da en el campo de los fenómenos, sino que es una representación que se obtiene por la negación de la totalidad del ente; una representación, por tanto, que deriva del entendimiento:

¹² Parágrafo 40.

de la Nada sólo se puede decir que no es. Nada = No Ser. En la segunda perspectiva la Nada se da, se revela en una experiencia y en la medida en que se revela, se da como fenómeno, habrá algo que decir de ella y en principio podrá *decirse* -sin duda no podrá tratarse sino de un decir muy particular, sobre el cual por el momento no habremos de interrogarnos. La Nada sobre la que a Heidegger le interesa investigar y meditar es la Nada que se da. Y ésta no es, como se ve más claramente por los escritos de años posteriores, una Nada que esté reñida con el Ser, sino una que guarda con éste una relación particular de parentesco y pertenencia. La razón de su interés por esta Nada no podrá, entonces, estar desvinculada a la pregunta que dirige toda su meditación: la del sentido del Ser. Camino hacia esa Nada, su investigación se encontró con el obstáculo de la representación de la Nada construida por un entendimiento que, sujeto al principio de no contradicción, desautoriza como absurdo todo pensar y decir acerca de la Nada. A fin de liberar la experiencia que dio origen a esa representación, tuvo entonces que, darse a la tarea de remover ese obstáculo llevando a cabo lo que podemos llamar, con una palabra de su ontología hermenéutica, una "destrucción", esto es, la destrucción del concepto dominante de Nada para poner al desnudo la experiencia originaria de la que deriva y recibe su sentido. Esa experiencia debe ser a la vez el punto de partida y el fundamento de una nueva exégesis. A ella nos referiremos en la próxima entrega (II).